

distrito donde sólo se presentaron veinte y dos electores. Las Cortes nacían muertas. La mayoría de la prensa no daba cuenta de sus sesiones. Algunos diputados se sonrojaban de ir á su asiento como electos por dos docenas de amigos. Mientras tanto, donde quiera que hablaba un orador liberal, acudían las gentes á millares, como diciendo que el Parlamento estaba fuera del Parlamento. Y estos oradores con reticencias, con alegorías, con metáforas, con apólogos, tan fáciles en la oriental lengua española formulaban el pensamiento capital de la revolución: la deposición de los Borbones.

Los parlamentos nacían y morían sin ninguna autoridad. Baste decir que fueron disueltos cinco en cuatro años. Entonces la Reina empezó las concesiones. No conocía el carácter del pueblo español. Cuando se ha decidido por una causa la sostiene hasta el martirio. Cuando ha tomado una resolución, la lleva hasta la violencia. Un ministerio mon se formó encargado de formular las concesiones. Suprimieronse cuatro artículos furtivamente introducidos en la Constitución por una Asamblea reaccionaria. Dióse una ley de Imprenta relativamente liberal. Y en una ley de reuniones, se abolió la malhadada Real orden, origen de la abstención. Mas era tarde. Los partidos liberales contestaban á estos halagos diciendo claramente: no elegimos diputados, elegimos conspiradores; no vamos á las elecciones, vamos á la revolución. La prensa liberal empeñaba con la dinastía una de las guerras más formidables y más brillantes que recuerda la historia. Nada tan digno de estudio como el sentimiento, el calor, la facundia del periodismo español en una época de efervescencia. Unid las austeras convicciones de Armand Carrel con el pintoresco, sentimental lenguaje de Camilo Desmoulins, todo teñido por esos reflejos orientales que dá á las ideas la más hiperbólica y la más rica de las lenguas modernas, y comprendereis el periodismo español, nervioso, imaginativo, improvi-

sador, elocuentísimo. Cada artículo era una proclama. El pueblo y el ejército devoraban estos artículos con la avidez propia de una raza entusiasta.

La Reina, viendo que un ministerio monada conseguía, nombró un Ministerio Narvaez como una amenaza. En Setiembre de 1864 tomó este antiguo dictador el poder, acompañado de Gonzalez Brabo, el cual acababa de contraer grandes compromisos con las oposiciones liberales en una serie de actos y de discursos tribunicios que aconsejaban á la dinastía refugiarse en el liberalismo. Su orgullo era tal, que se lisonjeaba con sacar á los liberales del retraimiento. Apenas entró por las puertas del poder, disolvió las Cortes, y ordenó que durante los tres meses del período electoral en que debían nombrarse las nuevas, no se recogiese ni se denunciase ningún periódico. Mas los periódicos aprovecharon aquellos noventa días de libertad para afirmar el retraimiento y desacreditar la dinastía. Jamás ningún rey, ni Carlos I, ni Luis XVI, han oído en el trono lo que ha oído doña Isabel II.

Sería digno de la historia el recoger aquellos artículos y el mostrar cómo sus ideas, cómo sus frases mellaron la corona y destruyeron el trono de doña Isabel II de Borbon. Celebrábase el aniversario de la muerte de Fernando VII, y era costumbre antigua el pronunciar en la Capilla de Palacio el sermón de sus honras fúnebres. Los predicadores, por regla general, lanzaban sobre la maldecida memoria del muerto, en obsequio á su hija, desde lo alto del púlpito el incienso de la adulación y de la lisonja. Puede decirse que jamás la Cátedra del Espíritu Santo fué por tan extraña manera profanada. La prensa liberal, en el mismo día del aniversario, á la faz de su hija asentada en el trono, levantaba el sudario que cubría la asquerosa figura de Fernando VII, y la mostraba en toda su horrible desnudez. Merecen citarse para conocer el valor de la prensa, alguna de aque-

llas oraciones fúnebres que la cátedra de la revolución oponía á la Cátedra del Espíritu Santo, convertida en centro de la lisonja cortesana.

«Hoy hace treinta y un años que expiró este rey funesto; este rey que ha manchado nuestra historia y ha envilecido nuestra política. Todos los años, la adulación servil que no muere nunca, suele arrojar desde lugares donde solo debía oírse la voz de la justicia, á manos llenas, flores sobre su maldecida memoria, como si el incienso de la adulación pudiera contrastar el hedor que exhala siempre la asquerosa tiranía. Es preciso que la historia no calle, porque la historia es la conciencia de la humanidad: y entiendan los que no la temen, que su justicia es implacable, y sus castigos eternos. Espiraba en este día el hombre funesto, sin amigos, divorciado del partido en cuyas aras lo sacrificara todo, desobedecido por su hermano mayor, abominado de la teocracia á quien sirviera, oyendo los gritos de los liberales en armas á las mismas puertas de su palacio, y de los facciosos en armas á las mismas puertas de su monarquía; dudando de la suerte de su esposa y de sus hijas, viendo aparecer sobre su lecho de agonía, los destellos de la revolución que había creído apagar con sangre; corrompido por gangrenosos males su cuerpo, y por la desesperación su alma: todo podredumbre. Jamás se conoció rey que haya sido tan cruel como Fernando VII. Quince mil expatriados en 1814; veinte mil en 1823; seis mil españoles sacrificados por sus venganzas en los cadalsos; doscientos cincuenta mil muertos por sus errores en los campos de batalla, ya en mar, ya en tierra, dicen cuán grande y cuán negra debía ser la mancha de sangre con que aquella alma se presentaría ante el juicio de Dios.»

«Nacido en una corte corrompida, su conciencia no tuvo un día sereno. Sus primeros enemigos fueron ¡qué horror! sus padres. Contra ellos dirigió las primeras asechanzas

de su carácter; sobre la humillación y la vergüenza de ellos alzó sus primeras ambiciones. Oyó los consejos de un sacerdote infame: convirtió su corte en conciliábulo; armó los frailes; conspiró con embajadores extranjeros; contó al capitán del siglo hasta debilidades que debía ocultar por propio decoro; pidióle sus princesas por esposas; desconoció la autoridad de aquel de quien recibió la vida y debía recibir la corona; y al fin de toda esta trama, pudo ver la ancianidad de su padre ultrajada, la independencia de su patria vendida, el extranjero en el sólio, su corona en el suelo, y su pueblo en la servidumbre.»

«¿Qué hubiera hecho un príncipe digno de mandar en España? Caído en la celada que su propia ambición preparó, y que Napoleón aprovechara con tanto arte, erguirse y protestar contra la violación de su patria, contra la usurpación de su corona. ¿Qué hizo Fernando VII? Mientras el pueblo español abrazaba ¡pueblo mártir! el sacrificio más glorioso que recuerda la historia; mientras la guerra desataba sobre nuestro suelo todos sus furores, y el hambre consumía poblaciones enteras; mientras la sangre rebosaba en los bordes de la Península, y el incendio oscurecía nuestro claro cielo; mientras Madrid caía en el Dos de Mayo á los golpes arteros de la traición, y Alicante y Cádiz veían pasar sobre sus hogares las bombas francesas, y peleaba desarmada Valencia, y sucumbía sobre montones de cadáveres Tarragona, y diez mil españoles morían entre los escómbros de Gerona, borrada casi del suelo, y se suicidaba Zaragoza, y los campos sólo guardaban cadáveres insepultos, y el aire los miasmas de la peste, todo por Fernando, ¡ah! Fernando, sin ver las sombras de los mártires, las escuálidas mujeres que, como las madres de Jerusalén; sólo con sangre podían lactar á sus hijuelos; Fernando escribía á Napoleón felicitándole por sus victorias, demandaba á José I una banda de la orden que había fun-

dado en España; y entre fiestas, saráos, conciertos, iluminaciones, bailes sin fin, brindaba agitando la espumosa copa en la mano, con estas palabras: *por nuestros augustos soberanos el grande Napoleon y María Luisa su augusta esposa*. Tácito no registra un hecho análogo á este en sus anales; no lo recuerda Suetonio; no lo han referido ni los historiadores de la historia augusta en aquellos últimos días de la decadencia de un mundo, en que tantas manchas aparecieron sobre la faz lívida de la civilizaci6n clásica.»

«Tenia en el ánimo de Fernando VII la ingratitud su propia habitaci6n. Libre en 1814 por los her6icos sacrificios del pueblo español, ¿qué debió hacer? Ocultar con sus liberalidades las miserias del cautiverio. ¿Qué hizo? Mostrarse más enemigo del pueblo español que los extranjeros vencidos. Su primera idea fué borrar el código á que fiaban los españoles la libertad; su primera acci6n encarcelar á los que habian escrito ese código y evocado esa libertad. Doce mil españoles sufrieron la pena de proscripci6n. Para todos los hombres más ilustres de España fué la libertad de Fernando VII seña de cautiverio. Todos los que podian enaltecer al país estaban en el destierro ó en la cárcel. El poeta clásico Gallego; Quintana, nuevo Tirteo de la independenci6n nacional; Argüelles, de cuyos lábios comenzó á brotar la elocuencia política española; Muñoz Torrero, que esparció con su soplo las cenizas de la inquisici6n; Moratín, nuestro primer dramático de aquel tiempo; el dulcísimo Meléndez; Lista, Marchena, Mora, restauradores de las letras, todos gemian en el destierro ó en la cárcel, como si la luz gloriosa que despiden sus aureolas hiriese los ojos del déspota. La crueldad era tanta, que no perdonaba ni á las familias de las inocentes víctimas. La mujer que hubiera cumplido con su deber, acompañando á su esposo en la emigraci6n, era castigada como eriminal y quedaba para siempre fuera de España. Así la tiranía que se cree en su

soberbia, imágen de Dios, castiga como crímenes las virtudes que Dios premia con premio inmarcesible. ¡Y si hubieran sido estos solamente los horrores de aquella época!... Porlier, soldado de la independenci6n, es bárbaramente inmolado. Lacy también; los que oyeron el ruido de las armas en el día de los conflictos, sólo oyen el ruido de los cerros en el día de la victoria; la inquisici6n renace, y Fernando VII quiere emular á Felipe II; fúndase una órden para enaltecer el Santo Oficio; vuelven los jesuitas; levanta La Bisbal una horca permanente en Medio de Cádiz; arroja Elío una turba de asesinos sobre Valencia; los capitanes generales organizan ejércitos de esbirros; el fraile Ostolaza pronuncia sermones y publica libros en que habla de los triunfos recíprocos ¡oh blasfemia! de Dios y de Fernando VII; y una vil canalla, hez de la sociedad, carne de los presidios, alimentada por los frailes, y por los frailes movida, puñal en mano, se desata como legiones de furias, en pos de víctimas liberales que ofrecer al hambre voraz del despotismo.»

«Pero la revoluci6n en el siglo décimo-nono está, ó suspensa, ó eclipsada; no vencida. Renace en 1820. El rey cae á sus plantas! ¡Cuántas perfidias para combatirla! ¡Cuántas iniquidades para vencerla! Juró la Constituci6n de Cádiz con rostro sereno, como si no hubiera cometido ninguna felonía con la causa de la libertad. Rey constitucional, no lo fué nunca. Odiaba á sus ministros, y entre dientes llamábales mil veces presidiarios. Resistíase á sancionar las leyes más liberales y convenientes al país. Decretaba nombramientos que no tenian al pié la firma del ministro como mandaba la Constituci6n. Leía en la apertura de las Córtes discursos contrarios á los que habia redactado su gobierno. Presidia las sociedades secretas del realismo. Usaba dos lenguajes, uno humilde cuando le poseia el miedo, y arrogante otro, cuando le poseia la esperanza. Enviaba emisarios á fomentar

las discordias entre los liberales, y emisarios á procurarse auxilio de los déspotas. En el 7 de Julio alentaba á los guardias contra el pueblo, cuando los creía vencedores, y después al pueblo contra los guardias, cuando los vió vencidos. Con mano aleve rasgó las glorias de la independenci6n que no eran suyas, maquinando para que vinieran los soldados franceses á vengarse en el Trocadero de las afrentas de 1812, y á mancillar así nuestro glorioso nombre.»

«Y desde el punto en que recobró su poder absoluto, el terror recobró también su imperio en nuestro suelo. ¿Quién no recuerda 1823? Los delatores señaaban con sangre las casas de los liberales, como para consagrarlas al esterminio; los claros varones defensores de la patria, ó pisaban el cadalso, ó el destierro, ó el árido camino de la mendicidad; el sistema de purificaciones, sistema no conocido por Tiberio, escudriñaba hasta los secretos del corazón, hasta el silencio inviolable de la conciencia; condenábase á más de cien mil personas, por afectas al régimen liberal, á no acercarse en quince leguas ni á la córte ni á los sitios reales; se daban instrucciones para que muriesen los reos de lesa majestad, y se declaraban reos de lesa majestad á los que habian proferido alguna palabra contra la tiranía, ó habian mirado con tristes ojos el sitio donde se levantaba la lápida de la rasgada Constituci6n; cinco liberales eran ahorcados en un sólo día en Madrid; diez en la Coruña; treinta en Almería; trescientos en Tarifa; un ciudadano llamado Alfaro en Valencia, por haber dicho en estado de embriaguez, viva la libertad; Moreno Solano y Ferretí en Murcia, por haber loado el régimen representativo; y en Barcelona, en el silencio de la ciudadela, en aquellos húmedos y oscuros calabozos, caian sagradas cabezas á la voz del conde de España, como si la muerte únicamente hubiera podido nivelar este suelo de libertad para que sobre él se asentase la tiranía. No podemos continuar. El ánimo se abate al recordar

tristezas que han amargado los días de nuestros padres, que han cubierto de luto nuestra misma cuna. Nos hemos propuesto conservar vivo el horror á los tiranos, y estos hechos bastan. Decía un historiador contemporáneo, hablando del entierro de Fernando VII: «Al bajar al pante6n el féretro, rompieron con él una grada de piedra para que hasta su muerte causase ruinas; y durante la última ceremonia, era tal el hedor, que la comitiva no podia resistirlo, y algunos individuos se desmayaron. Imágenes vivas del reinado de Fernando; porque en el sepulcro, exhalados las aromas de la lisonja, sólo queda la verdad, y la verdad de la tiranía es toda corrupci6n.»

La Reina se indignaba de que la prensa tratase á sí á su familia; veía en aquellas palabras ultrajes á su nombre, á su raza, á su historia; y demandaba á todas horas la represi6n y la censura. El gobierno, deseoso de desarmar á los partidos revolucionarios y llevarlos de grado á la legalidad, aunque en el fondo del alma deseaba tiranizar á la prensa, no se atrevía á realizar su deseo, por miedo al retraimiento. Así mantenía una política verdaderamente imposible, una política de tirantez al par con la Reina, con la córte y con los partidos liberales.

Para contrastar las corrientes absolutistas de suyo desencadenadas, el gobierno llama á la reina Cristina que en la tristeza de aquellos tiempos y en la oscuridad de aquella reacci6n, representaba con mayores títulos el único elemento liberal y la única influencia liberal que podia penetrar en el sagrado de Palacio.

Nacida Cristina en una córte donde el derecho divino estaba en grande predicamento; esposa de un rey que á una llamarán tirano, y tirano odiosísimo todos los siglos, por la revelaci6n de sus entrañas de madre, fué sin embargo, liberal, buscando en el fuego de la revoluci6n, no la vida de su pueblo, sino la corona de su hija. Movida por este santo in-

terés, por este sublime egoísmo, la reina Cristina jamás comprendió la libertad tributaria de los tiempos modernos, la que, arrancando del fondo del alma, se cree superior á todo privilegio, y estima que la humillan las concesiones y los favores de los reyes. Esto es tan cierto, que en aquel mismo momento de su mayor gloria, de su mayor popularidad, cuando soterraba á los apostólicos y abría las puertas de las Universidades á la ciencia, las puertas de la patria á los liberales, como si pudiera con sus rosados dedos trazar un límite al espíritu, ó con su dulce sonrisa aplacar la revolución, decretaba que no se cambiaría nunca, y ménos por su voluntad, la forma de gobierno en España. Es más, muerto el rey, comenzada su regencia, amenazando desde Portugal D. Carlos, concentrados los ódios de los apostólicos sobre su frente, próxima la régia cuna donde dormía su hija á flotar sobre mares de sangre, abierta casi la guerra civil, cerrada toda esperanza de acomodamiento con los carlistas, aun persistía la reina gobernadora en que la nación llevase la coyunda de la monarquía absoluta, y vertiese su sangre antes por los derechos de los príncipes que por sus propios derechos.

Las ideas pueden más que las voluntades de los hombres; el espíritu humano es más fuerte que aquellos que se creen sus dominadores; y á pesar de las negociaciones de la reina Cristina, á pesar de sus esfuerzos, la revolución subió las gradas de su trono, y estendió su tromba de fuego sobre aquella hermosísima cabeza. Cristina vió asaltada su cámara por unos soldados que le arrancaban un juramento; vió los liberales volver en su contra las armas; vió en tierra los ministros nombrados por su autoridad soberana; vió disperso el partido moderado que forjara en su palacio; vió la democrática Constitución del doce, arrancarle el veto absoluto, sembrar de ayuntamientos republicanos la Península, ahuyentar y esparcir los próceres, y poner en el trono la imagen augusta del pueblo, repre-

sentada por unas Cortes soberanas y constituyentes. La revolución, siempre generosa en España, guardó á la reina gobernadora toda suerte de consideraciones. Aunque el artículo ciento noventa y dos de la Constitución del doce prescribía que la regencia se compusiera de tres personas, las Cortes dejaron la regencia en manos de doña María Cristina. Algunos diputados protestaron contra el quebrantamiento de la ley, como los por tantos títulos ilustres Gorosarri y García Blanco, y el pueblo mismo oyó con desagrado sus protestas.

Y sin embargo, para la reina madre la revolución fué siempre un enemigo. El día en que iba rodeada de su corte, con su hija de la mano, á presentarse ante la Asamblea, sus cortesanos, su mismo secretario, escribían un artículo escandaloso en que llamaban conciliábulo á la representación nacional, esclava á la reina, turba de sangrientos demagogos á los legisladores, sicarios á los milicianos que acababan de ahuyentar de las puertas de Madrid á D. Sebastian, y juramento inútil, por forzado, al que iba á sellar el Código de 1837. En efecto, cuando volvía á su palacio, llevaba ya la reina decidida la suerte del partido liberal, y decretada su proscripción del poder. Auxiliábanla en ello mucho las reaccionarias disposiciones que en materia electoral tomaron las Cortes del 37, malbaratando el sufragio popular por el censo. Pronto volvió el partido moderado, fijo el pensamiento en robustecer la autoridad de Cristina, y en matar los libres municipios. No comprendieron ni la reina ni su partido que aquellos municipios habian, durante la guerra civil, salvado la libertad. Con la grande autoridad que ejercian, con la milicia nacional que mandaban, con el voto popular que les servía de escudo, renovaron las hazañas de Zaragoza y de Girona en Ceniceros, Gandesa, Bilbao y Lucena. Herirles era herir la revolución en la frente. La reina los hirió, y al poco tiempo tocó las consecuencias de tamaño atentado; el

país se sublevó en su contra; cada Ayuntamiento fué un foco de revolución; cada miliciano nacional un enemigo de la señora que les habia dado el nombre de Cristinos; y un día, siempre memorable, vió á la reina más popular, que ha habido en el presente siglo, huir de su patria, dejar su corona, abandonar sus hijas, y lanzarse entre el tumulto de las olas y de las maldiciones populares á extranjeras playas.

Para que volviera se sublevó O'Donnell, y se sacrificó Leon; para que volviera se entabló el proceso de Olózaga; para que volviera cometió Gonzalez Brabo su traición política, y comenzó Narvaez sus primeras venganzas; y volvió en efecto, saludada, festejada como en los primeros días de su reinado, entre nubes de incienso, entre palmas y flores, á ser el espíritu y el corazón, el alma y la vida del partido moderado. Pero ¡ah! la habia abandonado la aureola popular que llevara en sus sienas. El pueblo no conocía del partido moderado más que su hermoso símbolo; no miraba la idea, miraba la mujer que parecia representarla como un simulacro, como una estatua. Todos los desórdenes de los once años, los fusilamientos sin formación de causa, la violación sistemática de los hogares, las cuerdas á Filipinas, las horribles proscripciones que emulaban las de Sila, el despilfarro de los caudales públicos, la inmoralidad gangrenosa, los escándalos de las concesiones de ferro-carriles, los empréstitos ruinosos, la anarquía electoral, las amenazas de golpe de estado, todo fué á recaer, por culpa del partido moderado que profanó su nombre, sobre la cabeza inviolable de la reina madre. Así, el gobierno revolucionario de 1834 le prestó un gran servicio proscribiéndola; y así decia con elocuencia verdaderamente sublime desde Monte-Mor á su hija: «dos veces te he salvado, hija mia; una por el amor, otra por el odio de los españoles.»

¿Quién habia de creer que las locuras de la reacción llegasen á ser tantas y tales en

estos últimos años, sobre todo en 1864, que dieran motivo á muchas gentes para reclamar el regreso de la reina Cristina como contraste á la influencia de los viejos apostólicos? Pero apartando esto á un lado, consideremos cómo se dejó la reina Cristina España, y cómo la encontraba. En apariencia nada habia cambiado. El mundo oficial era casi el mismo, y las mismas las instituciones. Sin embargo, si quitando los ojos de lo exterior, fijábalos la reina Cristina en lo interior de los sucesos, ¡cuántos y cuán profundos cambios! En vano habria buscado en esas llanuras de Castilla, asiento de la lealtad monárquica, el pueblo entusiasta que iba desalado á recojer una mirada de sus ojos, una palabra de sus labios. Ese pueblo habia vestido ya la toga viril. En vano habria buscado aquella juventud moderada de 1843, en cuyo pensamiento se encerraba la inteligencia que iba á dar vida á la escuela doctrinaria. La juventud, aleccionada en más sublimes doctrinas, comprendiendo que no vive si no deja de sí un reflejo en la historia, y que no deja un reflejo en la historia si no abraza una nueva idea, estaba consagrada completamente á la causa de la libertad. En vano tambien habria buscado aquella uniformidad con que los antiguos partidos liberales invocaban un sólo nombre. El partido liberal, el que recogió en sus manos la corona de Isabel II, el que llenó de gentes y de entusiasmo las filas de la milicia nacional; aquel partido que hizo la guerra é hizo la paz; estaba proscripto, estaba maldecido; y desde el monte Aventino señalaba con seguridad la sangrienta nube que á más andar venia sobre nuestro cielo preñado de tormentas. Y lo más nuevo, y lo más extraño ciertamente que la reina Cristina habia encontrado en su camino, era este partido democrático, ayer desconocido, hoy fuerte; ayer tenido por un delirio, y hoy oxidando con sus ideas hasta la inteligencia de sus enemigos; partido que sin necesidad de tocar las regiones del poder, sin